

El regreso del PRI

El PRI, para pasmo de la humanidad giratoria, está de regreso en el poder y a una elección de mudarse otra vez a Los Pinos. ¿Cuáles fueron las lecciones de los comicios pasados? ¿Cómo combatir la cultura priista? ¿Cuál es el manual moral de nuestros políticos? Tres ensayistas nos brindan sus incisivas respuestas.

Lecciones de la elección

1. La soberbia presidencial. El gran derrotado de esta elección: Felipe Calderón, aunque la cabeza que rodó haya sido la de Germán Martínez. Suya fue la decisión de elegir desde Los Pinos a los candidatos a gobernador y a diputados, supliendo a las dirigencias y a las bases locales; decisión avalada por una asamblea panista, pero decisión, al fin, centralista y soberbia. Él diseñó la estrategia de centrar la campaña del PAN en su figura: en ese referendo también salió reprobado. La alta aprobación del presidente en materia de seguridad no se tradujo en votos para su partido. Ahora, al contar con menos de 165 diputados (es decir: con menos de un tercio de la Cámara), su presidencia —al menos como proyecto— prácticamente se terminó, su poder está acotado (el PRI y el Verde formarán mayoría absoluta en la Cámara), tendrá que comenzar a ceder espacios de decisión para conservar la gobernabilidad —el PRI, ya se sabe, va tras el control de Sedesol. *Lección primera: deja que las bases locales designen a sus candidatos.*

2. El regreso del PRI. Beatriz Paredes ha hecho un magnífico trabajo como dirigente del PRI. Coordinó a los insumisos gobernadores, no cayó en las provocaciones de Germán Martínez, acotó la ambición de unos (Manlio Fabio Beltrones) y supo capitalizar el apoyo de las televisoras hacia otros (Enrique Peña Nieto y su clon neoleonés, Rodrigo Medina). Los hechos son contundentes: mayoría absoluta con el Verde en el Congreso, cinco de seis gubernaturas (y la sexta con recurso a tribunales), los corredores panistas y perredistas en el Estado de México y más de diez importantes alcaldías recuperadas. Sin embargo, este PRI que regresa sigue siendo el mismo PRI que se fue. Nada ha cambiando en lo esencial. Sigue siendo un partido sin principios, pragmático, acomodaticio, corrupto, ajeno a la autocrítica y, en ciertas zonas, con tintes autoritarios. *Segunda lección: la gente tiene mala memoria.*

3. El carisma imposible. Lo que sucedió con el PRD también entraña una lección clara: puedes tener dominio sobre la estructura, pero en un partido de izquierda quien tiene la calle gana. Jesús Ortega jugó pésimamente sus cartas: dividió en vez de unificar. Vaciló ante López Obrador por miedo y este terminó aplastándolo: recuperará el partido, y con el PT y Convergencia relanzará su proyecto de izquierda unificada, vigente en la medida que las consecuencias de la crisis se sostengan o se agraven. Ortega creyó que apareciendo en todos los promocionales iba a adquirir, en su caso, un imposible carisma; apostó por una campaña sin propuestas definidas; abandonó el pobrismo de AMLO sin poder suplirlo con alguna política discernible; distribuyó las candidaturas mediante el método del tributaje y el amiguismo puro; no confrontó, como el partido de oposición que debiera ser, con firmeza al gobierno, y un largo etcétera de reiterados equívocos. La derrota fue abrumadora: a nivel nacional pasaron del 35% de 2006 al 12% en 2009; y en el Distrito Federal, su mayor bastión, pasó del 38% al 23% en votos registrados. A pesar de la tan predicada autocrítica de izquierda, Jesús Ortega no consideró renunciar a su puesto; por el contrario, encontró arrestos para arribar a un pacto con los radicales, ahora de vuelta: se queda Ortega en la presidencia a cambio de que no expulsen a López Obrador. Pero sin duda: la venganza contra los Chuchos, que han demostrado no saber ganar una elección, será implacable. ¿Y Marcelo? La elección en el DF, pese a los jaleos en Iztapalapa, resultó limpia. El PAN conservó Benito Juárez y la Miguel Hidalgo, y sumó Cuajimalpa. El PRD perdió, respecto a la elección de 2006, 15 puntos, lo que indica que su base partidista está muy fracturada. Para Ebrard, el retorno de López Obrador al PRD es una pésima noticia: está obligado a aceptar la renuncia de *Juanito* en Iztapalapa y con ella a hacer explícita su sumisión ante el Caudillo. El Líder Moderno de la Izquierda hace un mohín, y recoge el jabón. *Tercera lección: en la izquierda, quien tiene la calle gana.*

4. El voto nulo. Se trataba de una propuesta estéril, de un gesto de impotencia. En la pasada elección (2006) obtuvo el 3,36%; en 2009, el 5,6%. El movimiento anulista aportó un escaso 2%, pero en los medios ocupó un espacio mayúsculo, desproporcionado. ¿Por qué? Porque se trata de un movimiento de gabinete, de clase media ilustrada harta de politiquería, pero sin definición ideológica: un movimiento que la prensa puede entender y hacer suyo. Un voto intelectual que creció al amplificarlo la prensa (por afinidad de enfoque y clase) y la televisión (que así encontró otra forma de seguir dividiendo a la izquierda). El voto nulo sirvió al menos para animar la campaña, para volverla menos gris, sirvió como gesto de desesperación, de grito ante el desastre. Pero ante el desastre hay que actuar y construir, no sólo gritar y gesticular. Un par de semanas antes de la elección, el IFE citó en su sede a los promotores del voto nulo y a los que promovían el voto independiente. Varios oradores peroraron, ante los anulistas, contra esa actitud. A la salida, los líderes de las diversas organizaciones se vieron por primera vez la cara, intercambiaron datos y conjuntaron estrategias. Irónicamente, el IFE propició, al reunirlos, el voto en blanco. *Cuarta lección: en México, los votos intelectuales no prenden.*

5. El voto narco. Antes de la elección se comentó que se “blindaría” esta elección ante el evidente poder de penetración del narcotráfico en la vida pública. Los partidos proporcionarían información suficiente al IFE sobre sus candidatos, para que se pasara a la PGR y esta averiguara antecedentes. Los partidos no entregaron la información, el IFE no la recibió (salvo la estrictamente necesaria para su registro) y la PGR no averiguó. ¿Cuál es la cuota del narco en esta elección? ¿Cuánto aportaron a las campañas, cuántos de sus candidatos alcanzaron la diputación? No se conocen estos datos. Prueba de ello es la orden de aprensión en contra del recién electo diputado federal y medio hermano del gobernador de Michoacán, Leonel Godoy. A los narcodiputados los iremos conociendo a partir de sus gestiones. Paradójicamente, muchos de los que se opondrán a la legalización de la droga serán de ellos. *Quinta lección: si no quieres que el narcotráfico entre a una elección, cierra al menos la puerta.*

6. La hora ciudadana. Cuando los modelos se desgastan, cuando los partidos pierden su natural coloratura ideológica y se entregan al vicio del reparto presupuestal, cuando el poder deja de oír a la gente y sus necesidades, surgen opciones nuevas y frescas: es el caso del movimiento ciudadano que vimos emerger este 2009. Generó varias propuestas, avanzó hacia la construcción de una nueva relación representados/representantes, no ambicionó el poder. La organización México SOS, de Alejandro Martí, convocó a un pacto inédito: “Tu voto por mi compromiso”, mediante el cual los candidatos a diputados federales, gobernadores, alcaldes y delegados podían manifestar su adhesión a ciertas iniciativas ciudadanas y firmar ese compromiso ante notario. Lupa Ciudadana validó 394 adhesiones de candidatos. El resultado fue magnífico. De ellos, 63 candidatos resultaron electos para el Congreso (el 12%), dos

gobernadores, cuatro delegados y catorce alcaldes. Se trata, en el caso de los legisladores, de la primera bancada ciudadana. Hacerla cumplir los compromisos adquiridos será tarea ardua y abierta. Se están creando las herramientas para darle seguimiento objetivo a ese monitoreo legislativo. *Sexta lección: la democracia se construye desde abajo, no es una concesión.* —

— FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ



Ilustraciones: LETRAS LIBRES / Alejandro Magallanes

La guayabera viene mucho

No es tan seguro que el PRI esté regresando. Si, por una parte, nunca se fue del todo, también es cierto que los modos de sus nuevos abanderados son muy distintos de los que observaron los figurones inolvidables de antaño. El profesor Hank, por ejemplo, no tuvo una “Gaviota” para echarla por delante en los mítines (¿quién habría estado bien? ¿Fanny Cano?), y habría sido al menos embarazoso que a Javier García Paniagua se le hubiera ocurrido vestir blusones floreados y agarrar la guitarra a la menor provocación. Para aquellos personajes adustos, ceremoniosos, de guayabera barrigona y lentes ahumados, que parecían decidir su *outfit* copiando un cartón de Abel Quezada, lo institucional era ante todo una cuestión de formas, y la aprensión neurótica con que se tenían por respetables los guardaba —y a sus gobernados nos libraba— de gansadas estrepitosas, desfiguros imperdonables o exabruptos demasiado fuera de lugar. Sí, bueno: José López Portillo (las patillas al viento, el tórax henchido, el testuz en alto) podía permitirse algún trocetero jovial sobre Rosa Luz Alegría, o cualquier diputadote terminaba a balazos la discusión en una cantina; pero en la hora decisiva (desfiles, informes presidenciales, discursos en campaña, boletines de prensa) el distintivo

García Ramírez, Carranza, Mejía Madrid

tricolor en la solapa imponía la quijada apretada, las elocuciones hieráticas y, si acaso, un abrazo con dos revolucionarias palmatas —todo lo cual, desde luego, constituía una inconfundible variante mexicana de la ridiculez.

Aceptemos, con todo, que el PRI vuelve, si bien habrá que ver antes qué tan perplejos estarán sus integrantes, y cómo saldrán a escena, para poder afirmar que se trata del mismo actor septuagenario, maloliente y terco que creímos ver jubilarse cuando los reflectores enfocaron a otra parte —donde resultó que había otro actor terco y maloliente. Además de que hoy las formas son diferentes, las posiciones que el PRI recuperó tiene que agradecerlas a una cosa que debe resultarle rarísima y hasta incomprensible: el voto a su favor. En los años que corrieron desde que Cárdenas ungió a Ávila Camacho como su sucesor y hasta que un pasmado Zedillo llegó por bomberazo a ocupar su candidatura, no había que preocuparse de tener que ganar una elección (o vayámonos hasta los días de Calles y Portes Gil, da lo mismo): cambiaban sus *bombres fuertes*, pero el partido sencillamente se limitaba a obtener lo suyo. Luego comenzaron a sucederse los trapiés, y los priistas propendieron cada vez más frecuentemente al adefesio, a la parodia lamentable de sí mismos: de la *roqueseñal* o Romero Deschamps al *Góber Precioso* o Ulises Ruiz, pasando por la idea de elegancia de Jorgito Hank Rohn, la huelga de hambre de Salinas, la trampa de Madrazo en el maratón de Berlín o las defecciones y las escisiones que fueron prohiendo, entre otras cosas, al PRD y similares. Encima, se les terminó de morir Fidel Velázquez. De modo que, en el tiempo transcurrido desde que Ernesto Ruffo se convirtió en el primer, insólito, gobernador no priista (¡hace 20 años!), y más cuando resultó que no podía seguir teniendo al presidente de la república viviendo en su corazoncito (porque no había salido de entre los suyos), el *partidazo* tuvo que ir aprendiendo a convertirse, meramente, en un partido más.

No hay que rascar mucho para dar con las causas que han reinstalado al PRI en una considerable proporción del territorio nacional. Son dos: el rencor y el descuido. Basta un vistazo al caso jalisciense. En Guadalajara el priista que terminó electo alcalde, Aristóteles Sandoval, se promovió en espectaculares como una de las “bellezas” que la ciudad tiene para presumir (es como un Peña Nieto región 4), pero no es probable que haya sido sólo su supuesta guapura la que le ganó el triunfo después de cinco trienios panistas. En una democracia que obliga a elegir entre el cínico, el bruto, el idiota y el mezquino —según vengan en una de estas dos presentaciones, no más: mañoso y tantito menos mañoso—, o bien entre plataformas vacías de imaginación, inteligencia, pertinencia y relevancia, lo natural es que sean el hartazgo y el ansia de venganza los trazos que dibujarán la cruz sobre la boleta (o los motivos para anular o para mejor quedarse en casa). Además del tapatío, el PAN vio cómo se le escurrían todos los municipios importantes del estado, un buen número del resto y la mayoría de las diputaciones locales y federales. “¡Gracias!”, fueron a gritarle, al otro día, los panistas al goberna-

dor panista, Emilio González Márquez, por la larga temporada de estupideces y trapacerías con que había conseguido volver automáticamente insoportables a los candidatos azules en esta elección. El descuido fue que, mientras se desquitaba, exultante, el electorado no vio a quién estaba regresándole el balón.

Si ha resucitado el PRI (o lo que sea que sea el PRI hoy) es porque la memoria es flaca, y además poco interesa, así que cuál misterio. También porque la razón de ser de este partido siempre ha sido la perpetuación. Como quiera, la ineptitud, la ruindad y las ganas de medrar desde el gobierno no saben de colores ni de credenciales, y la corrupción, el despotismo y la desvergüenza gozan de estupenda salud. Así que lo único por verse es cuánto de los pésimos modos de sus ancestros querrán los nuevos priistas poner otra vez en circulación. Los fabricantes de guayaberas deben estar dichosos. —

— JOSÉ ISRAEL CARRANZA



Manual del perfecto político mexicano

Ahora que se habla de que todos los partidos son iguales —o, en otras palabras, de que con el PRI saltábamos menos con el suelo igual de disparate— recordé las conversaciones de Max Urdiales con el viejo priista Laureano X. Vidal, el gritón en la Cámara de Diputados en los cuarenta, el policía secreto en los sesenta y el oscuro hombre de negocios hasta su muerte a finales de 1994. Recupero, a continuación, sus aforismos de lo que los opinadores profesionales llaman la “cultura política priista”. Discúlpelos: también hablan de “tejido social”, supongo que una forma de la artesanía michoacana.

■ Lo que tengo que ofrecerles realmente no es visible ni palpable. Y es que lo único que tengo que ofrecerles es la idea de que

tengo algo que ofrecer. Una vez que caen en la cuenta, el final es sólo cuestión de días, dos sexenios o setenta años.

- La política no es una ideología, ni siquiera un grupo de intereses. Es una práctica por la práctica misma. El poder se gana, no para hacer cosas, sino para no perderlo.
- En política, el respeto es una forma de la caridad.
- Altas finanzas es algo que comienza cuando tu jefe compra ilegalmente una empresa y tú terminas en la cárcel.
- Alta política empieza cuando tu jefe desaparece pueblos enteros y tú acabas presidiendo la comisión de la verdad.
- Si tienes una acusación penal, siempre hay que poder hablar con el jefe o con el amigo. Si el jefe y el amigo no son la misma persona estás en serios problemas.
- En México sólo hay prófugos de la opinión pública, nunca de la justicia.
- En política se habla en plural para esconder tus malas decisiones en un partido. Nos escondemos entre la multitud y, de pronto, alguien saca la pistola. La violencia no es lo opuesto a la política, sino su premisa.
- Uno se desvela en las oficinas de gobierno, no por “mística”, sino para cobrar las horas extras.
- Siempre hay que matar al enemigo en la cuna. Sólo así evitamos el derramamiento de sangre.
- La política es dejar que la gente luche para quedarse como estaba. A eso le llaman “victoria” y se aplacan por un rato.
- Los que se manifiestan quieren hablar o, mejor, que alguien los escuche. Que se les preste atención. Después de tanto tiempo de esperar ya ni las demandas les importan, ya ni quejarse. Sólo que alguien los reciba y les ponga un sello oficial de recibido.
- Hacemos la política en los pueblos: traemos al candidato a la presidencia y él siente que uno maneja el apoyo de las bases, y los de aquí, pues sienten que uno tiene poder con los del centro.
- Ya no mato a quien no conozco. Eso era en la Revolución (o en la Guerra Cristera, aplíquese según el caso). Ahora sólo nos matamos entre puros conocidos.
- La política es como una pelea de gallos: sólo uno gana y el otro se muere. Quien le apostó al perdedor tiene que pagar. Y nosotros nunca perdemos y, si perdemos, no pagamos.
- En política uno nunca ofrece; debes esperar a que te pidan. La gente siempre está dispuesta a apoyarte por mucho menos de lo que te imaginas.
- Se les da, no lo que piden, sino lo que queramos darles. Así nunca ganan, pero siguen leales. Es el secreto de este país: la esperanza.
- La Constitución es un anhelo. Era lo que soñaban los abogados que acompañaban a los revolucionarios. La ley se convirtió en lo que debiera ser el país, pero no en lo que es. Por eso vivimos violando la ley. Por eso creemos que hacer una nueva ley es hacer un nuevo país.
- Pero inventamos una cosa que ayuda. En el lado positivo se llama “el favor”. Funciona así: si todo no está disponible para

todos, al menos que lo esté para mis amigos. En el lado negativo es llamar a todos los demás: delincuentes.

- Los puestos públicos son cuevas: sólo se puede entrar agachado.
- Un gobierno no produce nada, salvo antigüedad.
- La Revolución mexicana elaboró una mitología de la derrota: hizo héroes a los líderes traicionados y villanos a los que sobrevivieron para gobernar. Fue una movida astuta: diseminó, generación tras generación, el aprecio por la derrota y la desconfianza hacia el triunfo.
- ¿Para qué todo? Para el aplauso, las porras, los vivos, el paso a los libros de historia. Ese afecto anónimo que no es comprable ni con el amor del bueno. Todo eso se agradece con el envés de la mano, porque si muestras la palma es que te estás despidiendo. Y nosotros nunca nos despedimos porque nunca nos vamos. Siempre regresamos aunque nunca nos hayamos ido.
- El papel de un político es dar esperanzas. El papel de las multitudes es creer en él. Ellas no obtendrán nada y yo jamás ejerceré, realmente, el poder. Yo estoy muerto. Ellas están desahuciadas. Las dos columnas de México son la fe y el desengaño.
- En México las porras no comenzaron en el deporte sino en la Cámara de Diputados.
- Tras una historia rica en desacuerdos y muchos muertos, entre bandos y en el mismo bando, toda discrepancia es vivida como una crisis. Cada vez que alguien disiente el país siente irse a la deriva. No en balde somos el país de los monolitos.
- Un loco te secuestra para curarte de unas heridas inexistentes. Buena definición de la política, ¿no?
- La política mexicana le atribuye un sabor a su actividad: escondida entre el jamón seboso, la mayonesa caduca y el chile en vinagre, la torta fue el vínculo del partido con los sindicatos, los barrios, los campesinos, los indígenas. La torta dura diez segundos, mientras que los votos perduran sexenios. ¿Qué se le va a hacer? La torta es el regalo, el voto es la reciprocidad posible en un país muerto de hambre.
- Una huelga puede ser declarada inexistente. Ahí están los obreros en huelga, comiendo tortillas con arroz y, de pronto, ya son fantasmas. Ahora deben luchar, no por sus demandas, sino contra su evanescencia. Terminarán en prisión y se da por sentado que serán olvidados.
- Ganarle una vez al señor presidente es suerte. Ganarle dos veces es soberbia.
- En el primer año, el presidente es un enigma. En el segundo es un dios. En el último es el culpable.
- Un presidente visionario siempre va a sacar el ejército a las calles. No podemos existir sin enemigos. Las facciones, que si villistas o zapatistas. Luego, fanáticos henriquistas y los comunistas. Luego, los estudiantes. Más adelante, los ciudadanos que protestan. Y los que no obedecen. Y los que no están haciendo nada. La guerrilla, el crimen organizado. Un día vamos a quedarnos solos. ¿Y qué haremos entonces? —

— FABRIZIO MEJÍA MADRID